



SERRAT
ayer, hoy y siempre
Lecturas

Copias
gentiles de
Toni Badia i
Pere Mar

CAPITULO CUARTO

Texto: Elvira Mota

Documentación: Manolí Cuenca y Juan José Montoro

Fotos: Montoro y Archivo

Y A vimos que 1969 le demostró a Serrat que las presiones oficiales no sólo no habían terminado con su carrera, sino que, como él mismo aseguraba, el público le era «más fiel que nunca». Definitivamente atrás quedaba el «affaire Eurovisión» y «la nova cançó», con sus disidencias internas y sus actividades diversas hacia los afanes expansivos del charnego.

Delante estaban los contratos con Francia y Portugal, un premio del MIDEM, actuaciones en Madrid, Francia de nuevo... Y, por fin, el salto a América, porque «considero necesario ir a América. No a conquistarla, sino a conocer lo que hay dentro del mercado americano».

Pidió que se deshiciera su «Club de fans»

Su primera gira la inició a finales del 69. Cinco meses de trabajo agotador en el que recorrió Sudamérica «al menos diez veces de punta a punta» le bastaron para averiguar todo lo que necesitaba sobre aquel mercado. Cinco meses maratonianos interrumpidos sólo por un repentino paro cardíaco de doña Angeles, su madre, que le devolvió a Barcelona por espacio de cuarenta y ocho horas —angustiado y prácticamente de incógnito—, para regresarle a cumplir con sus contratos en cuanto tuvo la certeza de que todo había quedado en el susto.

En febrero del 70, esta primera gira se dio por finalizada. Serrat llegaba a Barcelona, dejando en los primeros puestos de las listas americanas temas como «Tu nombre me sabe a yerba», «Poco antes de que den les diez» o «Fiesta», aún inédito en España.

Para recibirle, además de sus padres y los íntimos, se dieron cita en el Prat alrededor de cinco mil fans, transportadas hasta el aeropuerto por sus dos casas de discos en cuarenta y cinco autocares y más de cuatrocientos turismos. Una banda de música formada por niños y un vendedor de pósters completaban el espléndido montaje, muy al uso de la época.

Serrat maldisimuló su estupor inicial ante tamaña marabunta y literalmente huyó del «show» aclarando de

El gran salto a América

En 1969 comenzó Serrat su primera gira americana, que terminó cinco meses después, dejando sus canciones en los primeros puestos de las listas de éxitos. Años después, sin embargo, vivió la amarga experiencia del exilio en aquellas tierras, tras haber hecho unas declaraciones en México contra el régimen de Franco, que le impidieron regresar a España.

una vez por todas que aquél no era su estilo:

«Deseaba regresar, abrazar a mis padres, ver a mis amigos, respirar el aire de Barcelona... Necesitaba todo eso y anticipadamente iba recreándome, cavilando que pronto lo tendría. Pero al llegar, nada más bajar del avión, todo se me apareció confuso. De un lado, mis padres llorando, por el otro, los íntimos que no dejaba de saludarme. Y gente, mucha gente... Todo lo que había estado añorando se me vino encima. La llegada a Barcelona fue como una película hecha con flashes, algo confuso y desbordante... He de confesar que esta acogida me viene grande.»

Si eso dijo a la Prensa, la parrufada con los responsables del «espectacular recibimiento» debió ser mucho menos comedida y digna de tener en cuenta porque el número jamás volvió a repetirse. Fue preciso, además, deshacer el «Club de fans» ante la negativa del «noi» a prestar-

se a semejante invento: «No soy partidario de nada que contribuya a mitificar a un individuo, por eso me niego a la creación de un club de fans mías... Eso no va conmigo, con mi forma de ver las cosas. Pero les agradezco su cariño hacia mi persona y mi obra».

El balance de esta primera incursión al Nuevo Continente, Serrat lo calificó de «muy positivo», pero contra la actitud general que tendía a comentar sólo los éxitos y ninguno de los fracasos, él admitió que «las primeras semanas fueron malas, nadie me conocía... Algunas minorías sí, pero en general yo era un perfecto desconocido para un nivel de doscientos millones de personas. A los noventa días de estar allí, sin embargo, todo cambió. Había sembrado y la semilla daba su fruto».

En su trasiego por los distintos aeropuertos se le quedó perdido la mitad del equipaje, pero se traía con él la admiración y el cariño de los di-



TP

Joan Manuel Serrat, al pie de la escalerilla del avión argentino que le conduciría a tierras americanas.



TP

A su regreso de América, se encontró con un recibimiento apoteósico, con cientos de «fans» que le pedían autógrafos.

SERRAT
ayer, hoy y siempre
© Lecturas

Copias
gentiles de
Ioni Badia i
Pere Mos

ferentes públicos de México, Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay especialmente. Y algo más: la toma de contacto con la situación política y social de los países visitados que le ayudaba a madurar su vertiente política, perfilando en él una conciencia que, muy pocos años después, le obligaría a elegir entre cárcel o exilio.

Pero entonces nadie podía imaginarse que América se convertiría en su segunda patria por espacio de once meses. Si previó, en cambio, que la gira anual por los países del sur terminaría siendo esa cita obligada con la que cumple puntualmente desde hace dieciséis años.

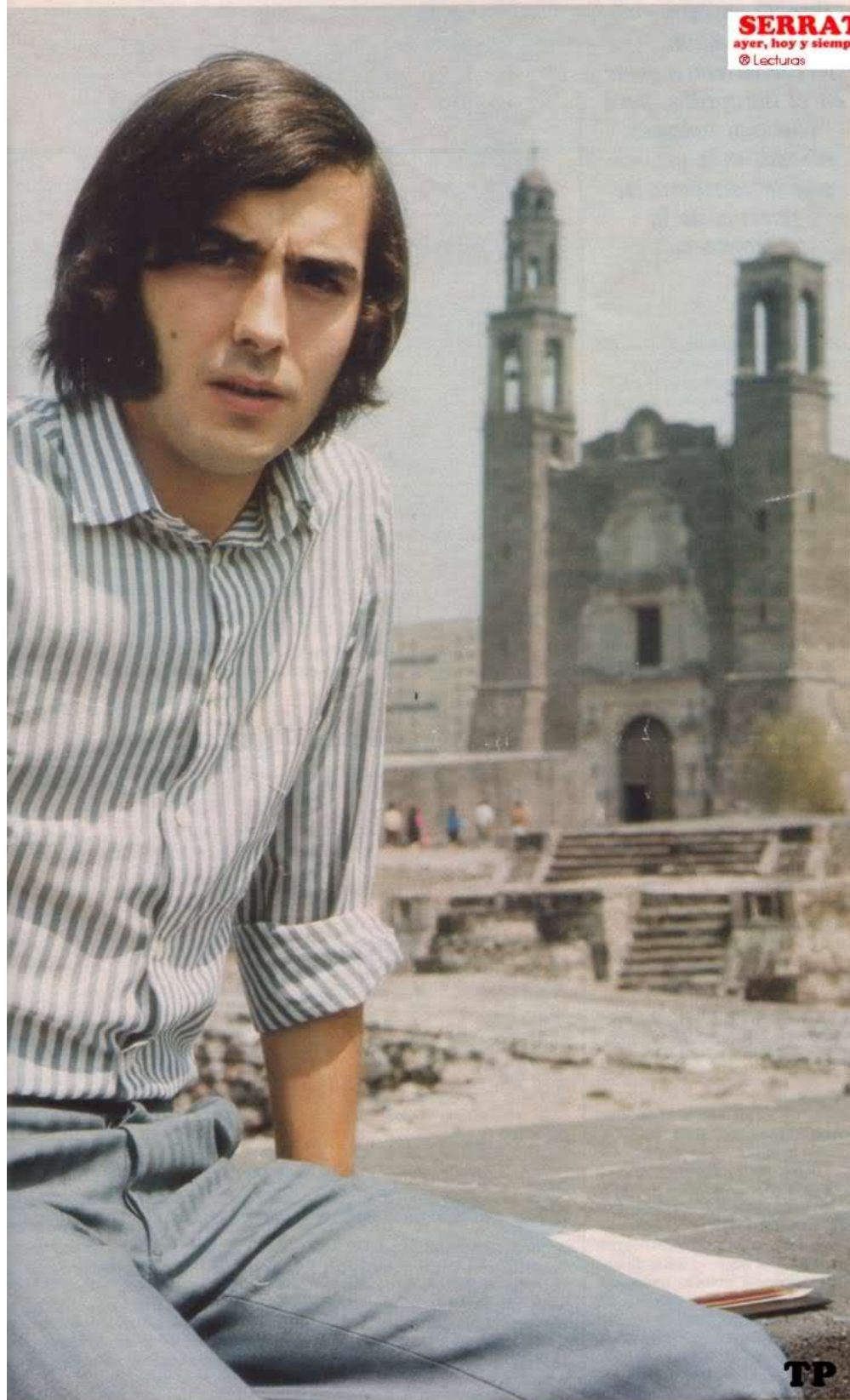
Las comprometidas declaraciones de México

En 1975, Joan Manuel Serrat había conseguido definitivamente ser un tipo indigesto para el régimen vigente «más por mis actitudes que por mis canciones. En el 73 me agarraron en Pamplona, cuando la huelga de Authi, por decir cosas en un escenario. Fue una experiencia muy desagradable, que hemos pasado muchos de nosotros. Cuando lo del "Proceso de Burgos" (que dictó nueve sentencias de muerte contra determinados activistas de ETA) también me engancharon y estuve un tiempo censurado y castigado, pero como ya en 1968 me habían tenido castigado por lo de Eurovisión, no me cogió de nuevas...»

La «guinda», sin embargo, se la envió por Aeroméxico al Gobierno franquista. El Consejo de guerra contra tres miembros del FRAP y dos de ETA, que culminó en septiembre del 75 con el fusilamiento de todos ellos, fue la última rabotada de un poder



TP
A la izquierda, Joan Manuel Serrat en México. Arriba, con su madre.



TP

Joan Manuel Serrat no podía imaginar que América se convertiría en su segunda Patria por espacio de once meses.

que dejaba de serlo por minutos. En París se organizaron marchas contra España encabezadas por Sartre y Simone de Beauvoir; en Bruselas fueron vetadas las escuelas para niños españoles y el presidente mejicano Echeverría solicitaba la adopción de medidas por parte de la ONU para expulsar a España de la Organización Internacional. El país volvió a conocer un cerco diplomático comparable al que sufrió en los años cuarenta.

«Yo hacía una gira normal por Sudamérica y el veintiocho de septiembre debía volver de La Habana a México. El día 27 había leído que los condenados a muerte estaban prácticamente en capilla, que había casi seguras, cinco penas de muerte. El 27 me confirmaron la cosa por teléfono y ocurrió que el Gobierno mejicano prohibió la entrada a cualquier ciudadano español por una actitud muy personal del presidente Echeverría.

»Mi sorpresa es que a las dos horas recibí una llamada del empresario de México y me dice: «Oye, agrárrate porque es fuerte aixó: hay una

Tras el «affaire» de Eurovisión, Serrat volvía a estar en el banquillo, pero con acusaciones mucho más graves que le cerraban las puertas de la frontera.

SERRAT
ayer, hoy y siempre
© Lecturas

Copias
gentiles de
Toni Badia i
Pere Mas

gada. Y a las preguntas directas, dio respuestas igualmente directas:

«Siempre he condenado la postura represora del Gobierno franquista —afirmó—, por eso aplaudo la decisión del señor Echeverría de romper con todo tipo de relaciones con el Gobierno de Franco.»

Y añadió: «La pena de muerte sólo sirve para seguir acobardando a la gente; pero tenemos que luchar porque la izquierda y la democracia españolas se unan para acabar con un régimen totalitario. Además de Franco, el pueblo español tiene un gran enemigo, Estados Unidos, que en ningún momento ha abierto la boca para acallar al Gobierno franquista.»

Gran campaña anti-Serrat en la Prensa española

Con estas palabras y algunas más que los diarios españoles no llegaron a reproducir, Serrat expresaba «mi repudio contra las ejecuciones, contra la violencia establecida, contra la falta de libertad y contra todo lo que en aquellos momentos se daba en mi país».

Tales declaraciones llegaron a España con diez días de retraso, pero actuaron con efectos retroactivos no de diez días, sino de siete años de rencor acumulado. Pedro Rodríguez, una vez más, enarboló su pluma para hacerse eco de los hechos con estas palabras:

«Prácticamente a la misma hora, se producía una baja en las listas de españoles con honor. Ante docenas de periodistas, luego en la televisión, más tarde ante sus fans, Joan Manuel Serrat —tu nombre, Juan, me sabía a hierba— aplaudía públicamente los escupitajos antiespañoles de Echeverría, insultaba gravemente al Jefe del Estado de su país —¿por qué, Juan, por qué?— y antes de empezar sus nueve recitales invitaba a todos “a luchar para acabar con un régimen totalitario”. Sospecho que en las emisoras españolas comenzará muy pronto un larguísimo minuto de silencio por el trovador de una generación a la que le acaban de romper algo más que unos discos.»

Al día siguiente, el diario «Arriba», con el titular «Serrat, el mariachi», aseguraba que: «España sabía que, llegado el caso, no podía con-



Serrat, acompañado de sus músicos y sus familias, recorrió las tierras americanas en un autobús bautizado con el nombre de «La Gordita».



TP

Siguiendo la costumbre de la época, Serrat se dejó crecer el pelo.

orden de Presidencia del Gobierno por la que informados de que tienes que debutar en el Bellas Artes, conceden autorización para que entres en el país».

»Me planteé la cosa personalmente y toda la noche me debatí entre dos posibilidades: volverme a España y de alguna manera esconder mi actitud personal contra los fusilamientos, o aceptar la oferta, aunque sabía perfectamente que al llegar al aeropuerto de México me esperarían los canales de televisión y todos los periodistas. No podía adoptar la primera postura porque no estaba en absoluto de acuerdo con las ejecuciones de los cinco muchachos, así es que procuré imaginarme lo que me iban a preguntar para saber lo que tenía que responder. Me lié la manita a la cabeza y me dije: «Juanito, ya veremos cuándo vuelves a casa...».

Tal y como había previsto, la Prensa y la televisión le esperaban a su lle-

tar con Joan Manuel Serrat. En 1968 chantajeó a su Patria y se retiró del escenario de Eurovisión en una “espantá” de Juzgado de guardia. En estos siete años a Serrat le ha ido creciendo el pelo y los contratos, pero no la dignidad. En el aeropuerto de México, ante la Prensa, delante de la televisión, este español de tapadillo ha aplaudido hasta la saciedad los insultos a nuestra Patria de Echeverría “en contra del gran enemigo del pueblo español, Francisco Franco”. Serrat acaba de cubrir de barro la

bandera de su país y su propia honorabilidad. Se ha apuntado a la democracia sangrienta y totalitaria de la Plaza de las Tres Culturas y ha abandonado su guitarra, respetada artísticamente en la que era su Patria, para convertirse en un vulgar mariachi de Echeverría».

Amilibia, por su parte, desde el diario «Pueblo», resumía lo que todos se preguntaban: «¿Volverá a España después de hacer estas declaraciones? Aquí puede comenzar un largo exilio, o la historia de un en-



TP

carcelamiento nada más tocar tierra española».

Su madre, recurriendo a la antigua fuerza que la ayudó a evacuar a los niños entre las bombas de Belchite, ocultó su lógica angustia ante la Prensa para manifestar que: «Yo soy de las que piensan que para creer las cosas hay que oír las. Dicen que ha dicho eso a los periodistas y a la televisión. Yo no lo he oído, por tanto, no puedo juzgar ahora. Por otro lado, yo no estoy dentro de él para saber lo que piensa. El sabrá lo que hace y por qué lo hace. Eso es lo que pienso ahora y lo que he pensado siempre».

Los discos de Serrat se retiran de los escaparates

Lo cierto es que Serrat, «rehabilitado» ante las autoridades tras el «affaire» de Eurovisión, volvía al banquillo, pero esta vez con acusaciones mucho más graves y un proceso que le cerraba las puertas de la frontera, salvo en el supuesto que quisiera pasar a engrosar las filas de presos políticos.

La campaña anti-Serrat resurgió de sus cenizas con renovada vitalidad. Televisión —naturalmente— suspendió la emisión de un programa especial «La hora de...» previsto para emitirse en esos días y realizado sobre una actuación del «noi» en el Parque de Atracciones de Madrid. Mientras, se estudiaba la posibilidad de que devolviera las quinientas mil pesetas que había cobrado por él.

Las emisoras oficiales cerraron los micrófonos a sus canciones y las no oficiales siguieron su ejemplo por «iniciativa propia» a juicio de los pe-

riódicos que, desde luego, no se molestaron en averiguar si esa iniciativa se basaba en un justificado temor a las represalias. Una vez más, las tiendas de discos, incluidas las secciones de los grandes almacenes, retiraron la obra de Serrat de sus estantes para sumarse al boicot impuesto y el recién editado «Piel de manzana...» aparecido en el mercado tan sólo dos días antes, tuvo que venderse casi clandestinamente.

Las sanciones no acabaron ahí. La Agrupación Sindical de Circo, Variedades y Folklore del Sindicato Provincial del Espectáculo, de Barcelona, lo expulsó de su seno, solicitando de Jaime Capmany, su presidente nacional, la ratificación de esta medida puesto que, según el Acta de la Junta Provincial, las declaraciones del cantautor podría perjudicar al resto de los artistas españoles que «sólo deben actuar en una línea apolítica. Conforme a esto es dable proponer sanciones según el régimen disciplinario, a los artistas que atenten a la idoneidad profesional.» El párrafo en cuestión venía a decir que Serrat sentaba un peligroso precedente con el que había que acabar de raíz. Si artistas de su arrastre empezaban a pensar en voz alta, su público, por mimetismo, terminaría haciéndolo también. Las consecuencias podrían resultar nefastas.

La campaña «anti-Serrat» difundió también el rumor de que tales declaraciones se habían producido sólo para aumentar su popularidad en México, donde pensaba fijar su residencia en el futuro. La respuesta llegó desde el otro lado de la frontera resumida en un rotundo: «Soy catalán y español. Y lo seguiré siendo».

SERRAT



SERRAT
ayer, hoy y siempre
© Lecturas

Copies
gentileza de
Toni Badia i
Pere Més

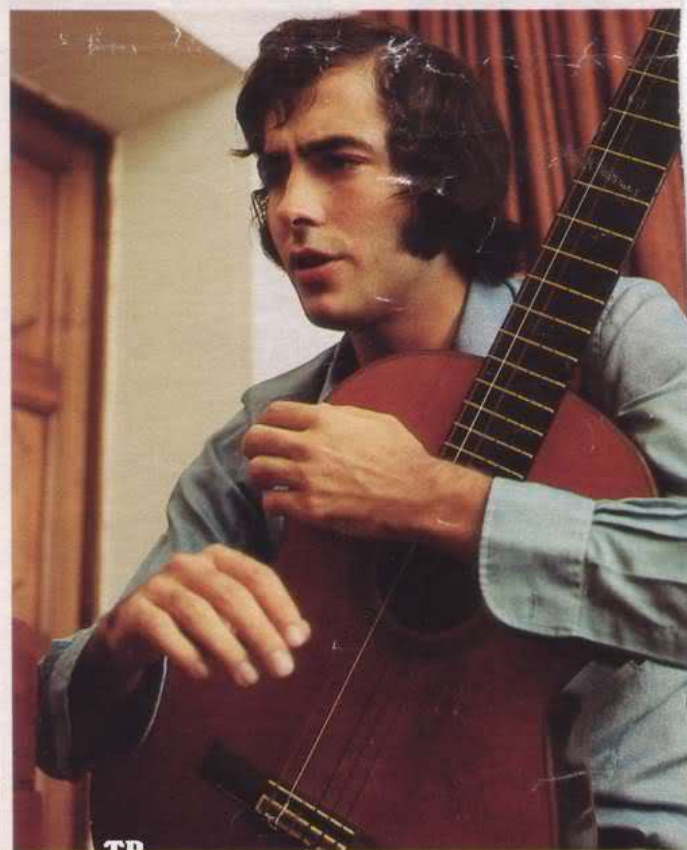
AYER, HOY Y SIEMPRE

Como contrapartida, sin embargo, Serrat se confiesa más tranquilo: «Siento una tranquilidad mucho mayor de la que tenía antes porque todas estas situaciones anormales hacen que las piezas se ajusten mejor».

En todas y cada una de las declaraciones realizadas durante su exilio, no dudó nunca en ratificarse sobre lo dicho en México: «Mantengo absolutamente aquellas declaraciones porque no son más que un reflejo de mi pensamiento. Yo siempre contesto cuando me preguntan. De todas maneras si yo no hubiera hablado el día 29 lo hubiera hecho otro el día 30».

Pero lo hizo él a sabiendas de lo que le esperaba: «Naturalmente que era consciente. Sabía lo que había sucedido otras veces y lo que iba a ocurrir. Cuando hablé en el aeropuerto de México, apenas habían empezado las manifestaciones extranjeras contra los fusilamientos. Tan sólo cinco países se habían manifestado oficialmente, pero si a Huertas Clavería le habían condenado a tres meses por una línea escrita en un periódico, ¿cómo podía yo ignorar lo que pasaría con mis declaraciones?».

Palabras que, según su criterio, tuvieron «un triple efecto clarificador. Por un lado, desde el punto de vista personal, me permitieron decir cosas que llevaba mucho tiempo pensar-



Durante este tiempo Serrat no dejó de cantar, pero ni componía ni grababa: «No pienso grabar nada nuevo hasta que llegue a España», afirmó.

SERRAT
ayer, hoy y siempre
© Lecturas

Capítulo
gentileza de
Toni Roda
© Juan Noya

Serrat soñaba con volver a España:
«Por nada del mundo aceptaría convertirme en un ser desarraigado, separado de la realidad que le toca vivir al país cada día», afirmaba.

do y así clarifiqué mi postura. Fue un enfrentamiento conmigo mismo. Por otro lado sé que hubo muchos españoles que pudieron pensar: "Me parece bien lo que ha hecho Serrat". Y también sé que otros habrán pensado que lo hice mal. De ese modo, cada uno se enfrenta a su propia postura».

Sus músicos no le abandonaron en esta circunstancia, continuaron a su lado y pudo trabajar sin muchos problemas. «Eso es una suerte —aseguró—. No se me escapa que otros que tienen que dejar el país por las mismas razones que yo, tienen menos medios para mantenerse fuera». De



También durante una época se dejó crecer la barba. En todas las declaraciones realizadas durante su exilio se ratificó sobre lo dicho en México.

100 • Lecturas

SERRAT



AYER, HOY Y SIEMPRE

cualquier modo, y ante lo incierto del futuro, fueron meses de economía, de poco despilfarro «porque nunca se sabe cuánto puede durar esta situación». Serrat adquirió una furgoneta que, bautizada con el nombre de «La Gordita» «en honor a una gran amiga mexicana», se convirtió en algo así como el cuartel general de todos. En realidad se trataba de un gran autobús, acondicionado para recorrer en él largas distancias. En el autobús viajaban nada menos que dieciséis personas, entre los músicos, sus familias y él mismo. Un grupo numeroso al que en la primavera del 76 se unió Queco para pasar con él



Estando en Francia le dijo a Salvador Escamilla: «Hémos de lograr que soplen vientos más favorables».

dos semanas que finalmente se convirtieron en dos meses. Exiliado o no, Serrat no estaba dispuesto a que ninguna circunstancia le alejara demasiado tiempo de su hijo. Se lo llevó a México una temporada y le pidió a sus padres que les acompañara en los desplazamientos que hacían a Francia para visitarles.

Esperando ansiosamente regresar a España

París, México, Nueva York... Fueron meses de no parar, de vivir con las maletas hechas. En Perpignan veía a la familia, a los amigos, les contaba cosas... Pero la obsesión de volver parecía estar ahí, copándolo todo, incapacitándole para componer, impidiéndole grabar: «Soy incapaz de escribir una sola línea» —afirmó a los que le preguntaron—, añadiendo que «no pienso grabar nada nuevo hasta que no llegue a España».

En cada entrevista, Serrat daba

vuelta a lo mismo con la monotonía de un obseso: «Quiero volver a España. Por nada del mundo aceptaría convertirme en un ser desarraigado, separado de la realidad que le toca vivir al país cada día».

O: «Tengo que volver, no me queda otra alternativa. Allí tengo mis raíces y necesito alimentarme de ellas... Hace unos días estuve en Colliure y me impresionó. Se parece demasiado a nuestra tierra y allí la eché mucho de menos».

Para Serrat la tierra es la base y la ha amado siempre al margen de sus gobernantes. «Tenía» que volver aún consciente de que la muerte de Franco no introduciría mejoras notables en el país, de momento. A su íntimo amigo Salvador Escamilla le confesó en Francia que: «Yo no espero que soplen vientos más favorables, hago cosas para que esto ocurra porque pienso que la única posibilidad de que soplen esos vientos es que todos hagamos cosas para lograrlo, nadie nos dará nada que no sepamos darnos por nosotros mismos».

Le tacharon de pesimista. Lo cierto, sin embargo, es que su actitud nacía de un profundo conocimiento de la realidad del país, una realidad que a principios del 76 hacía temer que el franquismo no hubiera muerto con Franco. Serrat, desde su posición de espectador obligado, lo vio claro y manifestó que «es imposible hacer una democracia sin algunos partidos (El Partido Comunista aún no era legal) y con todas las cargas de la crisis económica sobre los hombros de los obreros».

Opiniones así desconcertaron a los que esperaban que Serrat cantara victoria tras la muerte de Franco. Sólo que él, como algunos otros, era consciente de que el hecho en sí no constituía ningún logro porque de nada servía implantar un régimen democrático, si no se estaba dispuesto a trabajar por mantenerlo día a día.

Sabía también Serrat que explicarse así cuando se está a kilómetros de distancia resulta tan fácil como ineficaz. Tenía que estar dentro del país, en otras palabras: regresar.

FUENTES:

«Serrat, verso a verso». Ed. Altafulla. Taller, 83. S. A. «Serrat». Manuel Vázquez Montalbán. Col. Los Juglares. Ed. Júcar.

Entrevistas publicadas en: «Teleguía», «Triunfo», «Blanco y Negro», LECTURAS, «Semana», «Hola», «Diario 16», «Pueblo», «Arriba», «Informaciones», «ABC», «Tele-Expres», «La Vanguardia» y «El Periódico».

PROXIMO CAPITULO:

Regreso de América y compromiso político.